

Piedras que testifican (1/2)

Dr. Justo L. González



Consulta Nacional Hispana
Dallas, Tejas
7 de agosto de 1999

Piedras que testifican (1 de 2)

Lectura bíblica: Josué 4:1-7 (RVR1960)

Cuando toda la gente hubo acabado de pasar el Jordán, Jehová habló a Josué, diciendo: Tomad del pueblo doce hombres, uno de cada tribu, y mandadles, diciendo: Tomad de aquí de en medio del Jordán, del lugar donde están firmes los pies de los sacerdotes, doce piedras, las cuales pasaréis con vosotros, y levantadlas en el lugar donde habéis de pasar la noche. Entonces Josué llamó a los doce hombres a los cuales él había designado de entre los hijos de Israel, uno de cada tribu. Y les dijo Josué: Pasad delante del arca de Jehová vuestro Dios a la mitad del Jordán, y cada uno de vosotros tome una piedra sobre su hombro, conforme al número de las tribus de los hijos de Israel, 6 para que esto sea señal entre vosotros; y cuando vuestros hijos preguntaren a sus padres mañana, diciendo: ¿Qué significan estas piedras? les responderéis: Que las aguas del Jordán fueron divididas delante del arca del pacto de Jehová; cuando ella pasó el Jordán, las aguas del Jordán se dividieron; y estas piedras servirán de monumento conmemorativo a los hijos de Israel para siempre.

Hace veinte años nos reunimos en un lugar como éste, allá en Los Ángeles, para celebrar la Primera Consulta Nacional Hispana. Cuando en aquella ocasión se me pidió que le hablara a la asamblea, recuerdo que hice referencia al cruce del Mar Rojo, a la salida de Egipto, cuando el pueblo pasó de la servidumbre en Egipto a una nueva libertad.

Aquellos eran días de frustraciones y esperanzas. Recordábamos que nuestros antepasados en la fe vinieron a esta Iglesia Metodista Unida, o mejor dicho, a las iglesias que después formaron la Iglesia Metodista Unida, llenos de entusiasmo y de esperanza. Aquí había una nueva vida. Aquí había esperanzas para el pueblo. Aquí había la oportunidad de una vida auténtica. Más de cien años antes de aquella Primera Consulta, Benigno Cárdenas predicó el primer mensaje metodista en español, en Santa Fe. Poco después se fundó la primera congregación entre

cubanos en Cayo Hueso, y en rápida sucesión se abrió obra en varios lugares de California, Texas y Nuevo México. El metodismo le prometía un nuevo futuro a nuestra gente. Y así, medio siglo antes de aquella Primera Consulta, cantaba Vicente Mendoza el alborozo de su liberación, en un cántico muy parecido a los de Moisés y Miriam al salir del Mar Rojo: “Ni una sombra de duda oscurece su amor, amor que me trajo el perdón; la esperanza que aliento la debo al Señor, cuando él vino a mi corazón”.

Pero después vinieron las frustraciones, el largo peregrinar por el desierto. En el 1939 se disolvió el Distrito Latino de la Florida, y en el 1956 se hizo lo mismo con la Conferencia Provisional Latinoamericana de California, y con otras instituciones y organizaciones que nos habían dado identidad y esperanza.

Por ello, cuando nos reunimos en Los Ángeles hace veinte años, hablábamos de la necesidad de salir de donde estábamos, como Israel tuvo que salir de Egipto. Por ello soñábamos con señales de nueva vida y de liberación. Recuerdo que un grupo de nosotros se reunió alrededor de una mesa con Roy Barton, para soñar con una revista de teología nuestra. Poco después, en buena medida gracias a los esfuerzos y los talentos de Roy, se publicó el primer número de Apuntes, que pronto comenzará su vigésimo año de publicación. También se empezaba a hablar de una estrategia nacional hispana, de un plan que de algún modo involucrara a toda la iglesia. Hoy tenemos el Plan Nacional de Ministerios Hispanos. Nos quejábamos de que no había un obispo hispano, y hacíamos planes para la elección de al menos una. Hoy tenemos dos, ¡y esperemos

que pronto habrá una tercera!

Por todas esas razones, me pareció bien que para esta primera sesión juntos meditáramos sobre un pasaje que cuenta lo que sucedió cuando el pueblo de Dios entró a la tierra prometida.

Tras larga peregrinación en el desierto, el pueblo de Israel acaba de entrar a la Tierra Prometida. Cuarenta años de esperanza que por fin empieza a cumplirse. Cuarenta años en el desierto, en pos de la nube y la columna de fuego. Cuarenta años de maná y codornices, recordando los pepinos y las carnes de Egipto, soñando con la tierra que fluye leche y miel. Cuarenta años en que toda una generación pereció: Moisés, Miriam, Aarón, todos los testigos que aquel acto portentoso del poder de Dios cuando, según cantaría el salmista:

Reprendió el Mar Rojo y lo secó,
Y les hizo ir por el abismo como por un desierto.
Los salvó de mano del enemigo,
y los rescató de mano del adversario.
Cubrieron las aguas a sus enemigos;
no quedó ni uno de ellos (Sal. 106:9-11).

¡Cuarenta largos años! ¡Cuántos días de marcha rutinaria! ¡Cuántas horas! ¡Cuántos pasos, uno tras otro, tras otro!

Y ahora, tras un milagro que les recuerda que el Señor del Mar Rojo es también Señor del Jordán, los hijos de Israel se encuentran por fin en la Tierra Prometida.

Son pueblo de Dios, llegados por fin a la tierra que Dios les ha prometido. ¿Qué es lo primero que harán? Si fuésemos nosotros, lo primero que haríamos sería posiblemente celebrar un culto. O si no, en buena forma metodista, posiblemente tendríamos una sesión de planificación estratégica. Pero este extraño pueblo de Dios no hace ni lo uno ni lo otro. Más adelante se reconsagrarán al circuncidar a todos los varones nacidos en el desierto. Más adelante también desarrollarán una estrategia para la conquista de la Tierra Prometida. Pero por lo pronto, acabado de pasar el Jordán, lo primero que hacen es levantar un monumento:

Y el pueblo subió del Jordán el día diez del mes primero, y acamparon en Gilgal, al lado oriental de Jericó. Y Josué erigió en Gilgal las doce piedras que habían traído del Jordán. Y habló a los hijos de Israel, diciendo: «Cuando mañana preguntaren vuestros hijos a sus padres, y dijeren: “¿Qué significan estas piedras?” declararéis a vuestros hijos, diciendo: “Israel pasó en seco este Jordán”.» (Josué 4: 19-24 RVR 1960)

Quizá eso sea lo primero que nos corresponde hacer aquí, en esta Segunda Consulta Nacional Hispana: levantar un monumento. Dejar constancia de lo que Dios ha hecho por nosotros. Asegurarnos de que esa salida de Egipto, ese largo peregrinar por el desierto, esas largas sesiones desarrollando el Plan Nacional, esos cientos y millares de horas invertidas en módulos y programas de capacitación, esas luchas por lograr mayor representación, esas labores de quienes antes de nosotros nos abrieron calzada en el desierto, no pasen al olvido.

Levantar un monumento es una memoria del pasado; pero también es una promesa del futuro. Ciertamente, el paso del Mar Rojo fue mucho más portentoso que el cruce del Jordán. El último no es sino una repetición del primero, pero en menor escala. Y sin embargo, el pueblo de Israel no levanta monumento tras cruzar el Mar Rojo, y sí lo hace tras cruzar el Jordán. ¿Por qué?

Porque tras el Mar Rojo lo que viene es el desierto, lugar de paso, lugar de transiciones, lugar de nómadas sin tierra ni raíces. Pero tras el Jordán lo que viene es la Tierra Prometida, lugar de permanencia, lugar de plantar viñas y echar raíces, lugar donde los hijos de Israel, y sus hijos e hijas, y las hijas e hijos de estos, han de morar. Es por tanto que Josué, al levantar el monumento, les dice a sus seguidores: “Cuando mañana preguntaren vuestros hijos a sus padres...”. Es decir, que vuestros hijos han de vivir aquí; que en esta tierra hemos de echar raíces; que esto no es ya desierto de peregrinación, sino tierra de construcción. Que en esta Iglesia Metodista Unida no somos ya un grupito que pide migajas bajo la mesa, sino que estamos aquí para quedarnos, para sentarnos a la mesa, para desde la mesa alimentar a nuestro pueblo.

El monumento de Gilgal, al mismo tiempo que recuerda el pasado, promete un futuro: “Cuando mañana preguntaren vuestros hijos a sus padres”. El monumento no dice solamente, “aquí estamos”, sino que dice también “aquí estaremos”.

Leyendo este pasaje se me ocurre pensar que se relaciona estrechamente con los tres temas de nuestra consulta: “Celebrando el Pasado; Afirmando el Presente; Planificando para el Nuevo Siglo”. Porque estamos hablando de algo muy parecido a aquel monumento de Gilgal. Estamos levantando un monumento al pasado, sí. Pero también estamos levantando un monumento para el futuro. Estamos diciendo que aquí estamos para quedarnos. No estamos ya de paso, como Israel en el desierto. Estamos para quedarnos, como lo proclama Israel en Gilgal.

El texto continúa diciendo que cuando todos los reyes de los amorreos que estaban al otro lado del Jordán al occidente, y todos los reyes de los cananeos que estaban cerca del mar, oyeron cómo Jehová había secado las aguas del Jordán delante de los hijos de Israel hasta que hubieron pasado, desfalleció su corazón, y no hubo más aliento en ellos delante de los hijos de Israel.

No sé si lo hubo. Pero si por alguna razón un espía de los habitantes de la tierra pudo ver lo que Josué hizo en Gilgal, y escuchar lo que dijo, esas acciones y esas palabras le causarían pavor: estas gentes no sólo han cruzado el río, sino que están aquí para quedarse. Han levantado un monumento para que sus hijos recuerden este día. Dan por sentado que sus hijos e hijas, y los hijos e hijas de ellos, estarán aquí.

De igual manera, cuando hoy hablamos de “Celebrar el Pasado”, de dejar constancia de nuestra historia para nuestros hijos e hijas, y para sus hijas e hijos, estamos anunciando que estamos aquí para quedarnos. Quizá no todos pasamos el río sin mojarnos los pies—o las espaldas!—pero, llegados de un modo u otro, estamos aquí para quedarnos.

Me imagino a aquel presunto espía de Jericó corriendo de regreso a su ciudad. Nosotros somos mucho más grandes que ellos—tanto, que comparados con nosotros no parecen más que saltamontes. ¡Pero esta gente viene a quedarse! ¡Construyamos más alta la muralla! ¡Cerremos las puertas! ¡Llamemos al ejército!

O, si fuera hoy, me imagino el mismo pánico. ¡Cerremos la frontera! ¡Llamemos a la Migra! ¡Exijámosles papeles para trabajar! ¡Apliquémosles la 187! Esta gente viene a quedarse. Están hablando de escribir su historia. Están hablando de construir un monumento para sus hijos, y para los hijos de sus hijos.

Y lo que sucede en la sociedad en general también sucede en la iglesia. A pesar de la buena voluntad de muchos hermanos y hermanas, a pesar del apoyo de agencias nacionales y regionales, lo cierto es que nuestra presencia causa preocupación. Lo que causa preocupación no es que tengamos un Plan Hispano. La preocupación está en que insistimos en que se trata de una Plan Nacional, de un plan de toda la iglesia, y no solamente nuestro. En otras palabras, que no nos quedaremos al margen, que estamos aquí para quedarnos, aunque los habitantes de la tierra sean tan grandes que a veces nos sintamos como saltamontes ante ellos.

Josué les ordena que tomen doce piedras, una por cada tribu. El monumento que han de erigir no es de una sola pieza, sino de muchas. Porque el pueblo que lo construye tampoco es de una sola pieza. Los eruditos bíblicos nos dicen que las tribus de Israel nunca fueron un todo homogéneo. Siempre hubo diferencias entre unas y otras. Aunque se entretejían entre sí, sus historias eran diferentes. Por eso el pueblo que cruza el Jordán no erige un monolito, a la usanza de Egipto, un monumento de una sola piedra, sino un monumento que señala a la vez la diversidad y la unidad del pueblo.

De igual manera hoy, la historia que celebramos, el monumento simbólico que empezamos a levantar, el futuro que soñamos, no pueden ser de una sola pieza. Hemos llegado acá por distintos caminos. Unos cruzaron la frontera. A otros la frontera les pasó por encima. Unos cruzaron el río, otros el mar, y otros el aire. Unos traen sangre azteca, otros taína, otros española, y otros lucumí. Unos nacieron en el Evangelio. Otros llegaron por una conversión súbita. Otros tuvieron una experiencia menos repentina, pero no por eso menos profunda.

Y así, nuestro monumento tendrá muchas piedras. Y habrá una piedra mexicana, y otra salvadoreña, y otra dominicana, y otra femenina, y otra masculina, y otra joven, y otra anciana, y otra más carismática, y otra menos. Y traerá su piedra el evangelista famoso. Y traerá su piedra quien en su casa se dedica calladamente a la oración intercesora. Y traerá su piedra quien enseña en la Escuela Dominical. ¡Hasta los maestros de teología traerán al menos su granito de arena! Piedras de todas formas y de todos tamaños. Pero piedras que, todas unidas, se alzan en un monumento, no a nuestra peregrinación ni a nuestra gloria, sino a la gloria del Dios que va delante del pueblo peregrino, en la nube y en la columna, abriendo camino en el mar y calzada en el desierto.

Al leer toda esta historia en el libro de Josué, nos sorprende leer que fueron doce las tribus que cruzaron el Jordán. El hecho es que las tribus de Rubén y de Gad, y la media tribu de Manasés, ya se habían asentado en la Transjordania. Ya habían llegado a su tierra de promisión. No tenían por qué pasar el Jordán. Pero con todo y eso, ellas también, dejando la seguridad de sus tierras,

cruzan el Jordán. Este punto lo destaca el texto bíblico, dejando bien claro que las tribus que cruzan no son solamente las que todavía no tienen tierras. Por eso en el v. 12, aunque no se dan los nombres de las otras tribus, sí se señalan éstas en particular: “También los hijos de Rubén y los hijos de Gad y la media tribu de Manasés pasaron armados delante de los hijos de Israel”.

La tribu de Rubén, y la tribu de Gad, y la media tribu de Manasés, cruzan el Jordán, no por necesidad, sino por solidaridad. Aunque ya tienen las tierras, cruzan para unirse al esfuerzo del resto del pueblo. Y por eso en aquel monumento de Gilgal están también sus piedras. Y por eso en el texto bíblico se hace especial mención de ellas.

Y lo mismo será con nuestro monumento y con nuestra historia, y con el futuro que hemos de construir. No todos estamos en el mismo punto de nuestra peregrinación. Unos tienen prestigio, poder, dinero. Según los cánones del mundo, ya casi han llegado. Algunos tienen una profunda vida espiritual. Según los cánones de cierto tipo de religión, parecería que ya casi han llegado. Pero lo cierto es que entre nuestro pueblo hay otros, muchos, la mayoría, que viven todavía en pobreza y miseria. Hay otros, muchos, la mayoría, que viven sin esperanza y sin Dios en el mundo. En este mundo y esta sociedad, esto no tiene nada de extraordinario. En el mundo y en la sociedad, cada cual vela por su propio bien, y a los demás, como dice el dicho, “el Diablo que se los lleve”. O, como dice la vieja canción de cuna, “la de adelante corre bien; la de atrás se quedará”.

A veces sucede lo mismo en la iglesia. Ya no tenemos que tener clases en español, porque nuestros hijos hablan inglés. ¿Y qué de los hijos y las hijas de quienes acaban de llegar? ¿No es el Evangelio para ellos también? Ya no hay que alfabetizar al pueblo, porque nuestra gente va a la escuela. ¿Y qué de los muchos obreros migrantes, cuyos hijos pasan apenas unas semanas en una escuela antes de tener que irse a otro sitio? ¿No tienen ellos que leer la Palabra de Dios? Ahora podemos construir iglesias nuevas en zonas de la ciudad algo mejores a donde estábamos antes. ¿Y qué de la gente que está viniendo ahora a vivir al barrio de donde nosotros nos vamos? ¿No es la iglesia también para ellos?

Así es que está organizada la sociedad. Pero, nos dice Jesús, no así entre nosotros. Entre nosotros, quien quiera ser primero se constituirá en siervo de los demás. Entre nosotros, el mayor no será quien más pueda, sino quien más sirva. Y así, cruzando el Jordán los que ya tienen tierras en Transjordania, solidarizándose los que tienen con los que no tienen, los que pueden con los que no pueden, surgirá un pueblo nuevo, una nación nueva.

Nuestro monumento ha de tener muchas piedras distintas para subrayar, no solamente nuestra diversidad, sino también nuestra solidaridad. Nuestro monumento ha de tener piedras distintas, porque hasta la piedra más pequeña, hasta el más ínfimo grano de arena, tienen valor infinito ante los ojos de Dios. Si a alguien excluimos, en parte nos excluimos a nosotros mismos; si a alguien olvidamos, en parte nos olvidamos de nosotros mismos. Porque somos un solo cuerpo, y cuando un miembro se goza, todos se gozan juntamente con él; y cuando un miembro sufre,

todos sufren juntamente con él.

Por último, una palabra de advertencia. Los monumentos son peligrosos. Son peligrosos por dos razones.

Son peligrosos, en primer lugar, porque bien pueden convertirse en instrumento de idolatría. Un monumento o una historia se vuelven instrumento de idolatría cuando nos olvidamos de que el monumento o la historia están ahí, no para gloriarnos en nosotros mismos o en nuestro pasado, sino para la gloria del Dios de nuestro pasado, de nuestro presente, y de nuestro futuro. La grandeza de Israel no está en que cruzó el Mar Rojo y el Jordán, ni tampoco en este monumento que erigió en Gilgal. La grandeza de Israel está en otro monumento, la Biblia, que se atreve a relatar que el pueblo a quien Dios rescató de Egipto con mano poderosa fue el mismo pueblo que se hizo un becerro de oro para adorarlo, el mismo pueblo que se quejó del maná diario, el mismo pueblo que una y otra vez se apartó de Dios, el pueblo que tembló de miedo ante los cananeos.

Si hay un peligro que nos acecha cuando empezamos a celebrar nuestro pasado, a afirmar nuestro presente, a construir nuestro monumento, es precisamente éste del triunfalismo idolátrico. Queremos construir un monumento que hable más de nosotros que de Dios, más de nuestras fuerzas que de nuestras flaquezas a las que Dios ha suplido por su gracia. Queremos escribir una historia de triunfos y logros. Y con ello, al tiempo que pretendemos escribir la

historia de un pueblo de fe, desvirtuamos la fe por la que vivimos.

Al construir nuestro monumento, al escribir nuestra historia, conviene por tanto imitar el modo en que la Epístola a los Hebreos cuenta la historia de las gentes de fe:

Por la fe pasaron el Mar Rojo como por tierra seca; e intentando los egipcios hacer lo mismo, fueron ahogados. Por la fe cayeron los muros de Jericó después de rodearlos siete días. Por la fe Rahab la ramera no pereció juntamente con los desobedientes, habiendo recibido a los espías en paz. ¿Y qué más digo?`Porque el tiempo me faltaría contando de Gedeón, de Barac, de Sansón, de Jefté, de David, así como de Samuel y los profetas; que por fe conquistaron reinos, hicieron justicia, alcanzaron promesas, taparon bocas de leones, apagaron fuegos impetuosos, evitaron filo de espada, sacaron fuerzas de debilidad, se hicieron fuertes en batallas, pusieron en fuga ejércitos extranjeros. Las mujeres recibieron sus muertos mediante la resurrección. (Hebreos 11: 29-35 RVR1960)

Hasta aquí, nos gusta la historia. Parece ir de triunfo en triunfo, de milagro en milagro, de logro en logro. Pero eso no es todo lo que dice la Epístola a los Hebreos. Al contrario, la Epístola continúa:

Otros experimentaron vituperios y azotes, y a más de esto prisiones y cárceles. Fueron apedreados, aserrados, puestos a prueba, muertos a filo de espada; anduvieron de acá para allá cubiertos de pieles de ovejas y de cabras, pobres, angustiados, maltratados; de los cuales el mundo no era digno; errando por los desiertos, por los montes, por las cuevas y las cavernas de la tierra. (Hebreos 11:36-38 RVR1960)

Y lo que dice Hebreos es que tanto los unos como los otros, tanto los que conquistaron ejércitos extranjeros como los que anduvieron por los desiertos cubiertos de pieles de ovejas y de cabras, tanto los que taparon bocas de leones como los que fueron muertos a filo de espada, tanto los que triunfaron como los que al parecer fueron derrotados, tanto los unos como los otros hicieron todo esto por la fe.

El monumento que hemos de construir, el pasado que hemos de celebrar, no será solamente un monumento a nuestros triunfos y a nuestros logros, sino también a nuestros fracasos, a nuestras derrotas, y hasta a nuestras flaquezas—porque, como nos enseñó el Apóstol, la fuerza de Dios en nuestra flaqueza se fortalece.

Y los monumentos son peligrosos, en segundo lugar, porque tienden a confundir la esperanza con la realidad, lo hecho con lo que queda por hacer, el pasado que Dios nos dio con el futuro que Dios nos promete. Cuando un pueblo empieza a vivir exclusivamente de su pasado, ese pueblo empieza a perder su visión, y “por falta de visión los pueblos perecen”.

Ese es el gran peligro que nos acecha cuando, como ahora, hablamos de celebrar nuestro pasado, de construir nuestro monumento. Con demasiada frecuencia, escribimos nuestra historia para hacernos la ilusión de que ya hemos llegado, de que ya no somos peregrinos. Pero ese no es el propósito del monumento de Gilgal. Josué construye el monumento precisamente porque todavía queda mucha tierra por conquistar, porque el peregrinaje todavía no ha terminado, porque existe el peligro de que, ahora que el pueblo por fin se encuentra al otro lado del Jordán, empiecen a pensar que ya han llegado, que ya no necesitan de Dios como le necesitaron en el desierto. El monumento de Gilgal está allí para recordarles a los hijos e hijas de Israel, y a sus hijos e hijas, y a las hijas e hijos de estos, que Dios es un Dios de peregrinos, que va delante del pueblo hacia el mañana prometido; que aunque ya no haya nube o columna de fuego, todavía Dios marcha delante del pueblo, hacia el mañana de Shalom, de paz y justicia,

de alegría y abundancia.

El monumento de Gilgal no dice solamente que Dios abrió el Mar Rojo y el Jordán. Si solamente de eso se tratara, no tendría más importancia que la de la curiosidad anticuaria. Lo que el monumento dice es que el Dios que abrió el Mar Rojo y el Jordán sigue marchando delante del pueblo, llamándole constantemente a nuevas aventuras de fe, a nuevas experiencias de su poder y de su gloria.

Y lo que nuestra historia, este monumento simbólico de que hablamos esta noche, ha de decirnos a nosotros, y a nuestros hijos e hijas, y a las hijas e hijos de ellos, es que Dios marcha todavía delante de nosotros; que ésta no es la Tierra Prometida del pueblo de Dios; que, como aquellos antepasados en la fe de que habla Hebreos, aunque hayamos llegado a esta tierra para quedarnos, y para hacerla tierra bendita de Dios, todavía andamos buscando una patria mejor.

Levantemos el monumento. Traigamos nuestras piedras. Contemos nuestra historia.

Celebremos nuestros logros. Lloremos nuestras derrotas. Pero sobre todo, sigamos al Señor que fue delante de los hijos de Israel en la nube y en el fuego, que fue delante de nosotros en todas nuestras peregrinaciones, y que sigue delante de nosotros hasta el día glorioso en que, junto a blancos, negros, asiáticos, gente de todo pueblo, tribu y nación, con palmas en las manos, cantemos himnos eternos al Cordero que fue inmolado, y a Dios, que está sentado en el trono.

Y cuando nuestros hijos nos pregunten, “¿Qué significan estas piedras?” les responderemos

diciendo: “Que el Dios que abrió el Mar Rojo y el Río Jordán, el Dios que nos abrió el Río Grande y que se burla de las fronteras, es el mismo Dios que va todavía delante de nosotros, abriendo camino hacia el mañana, hacia su Reino prometido de paz y de justicia, de gozo y de amor”.

Amén. Así sea.

